



A partir de “Las hermanas Mc Lean”

Cuando las hermanas Gutiérrez entraron al Lenguas, todo el mundo se las confundía. Obviamente. Eran distinguidamente indistinguibles. Las dos eran profesoras de nivel primario, las dos se habían recibido a la misma edad (24 años, no, 25), las dos se vestían igual y las dos no faltaban ni un día a clase.

¿Quién copia a quién? se chusmeaba en el patio del Lenguas Vivas. Pero no sé si pasaba tanto por imitarse entre sí, más que por seguir la práctica común que ya se había vuelto moneda corriente en sus vidas. El diferencial más obvio era que Mariana, la primera hermana, enseñaba Matemática y Laura, la segunda, obvio, enseñaba Lengua. La cuestión es que la moneda corriente pasó a ser de dos caras.

Una tarde, entre el bochinche del recreo, la directora del Lenguas se acerca a las hermanas y dice algo así como “me contaron los chiquitos de cuarto que están re contentos con tus clases”. Laura y Marcela sonrieron por instinto. Sintieron la satisfacción que cualquier profe sentiría si la directora le diera semejante reconocimiento. Pero, mientras la directora se alejaba, tanto Laura como Marcela dijeron al unísono: “Gracias”.

—Me hablaba a mí.

—Me hablaba a mí —dijeron las hermanas.

A partir de ese momento se fue produciendo una especie de rivalidad entre las Gutiérrez. No era fácil. Cada profesora aseguraba que el comentario había sido para ella. Obvio. Porque los chiquitos de cuarto la amaban y le decían que les encantaban sus clases. Ganarse el cariño de sus alumnos nunca les resultó difícil pero cuando se trataba de superar a la otra, ahí sí que había que ponerse las pilas. Y las pilas se pusieron. De geometría y ecuaciones, Marcela pasó a torneos de truco y viernes de



películas. Laura cambió el análisis sintáctico por picnics y mundiales de tutti frutti. Cada clase que pasaba se redoblaba la apuesta. Si Laura traía chipás para compartir, Marcela traía panchos a la hora siguiente. Si Marcela traía un animador de fiestas, Laura traía un payaso que hacía un *show* de globos. Del retruco al vale cuatro y del envido al falta envido. Inflables, peloteros, excursiones a la pileta estatal, entradas para ir al cine, vales de regalo para la juguetería, útiles escolares con las iniciales de la profesora, horas de karaoke y hasta clases de *tap*.

La cuestión es que las hermanitas Gutiérrez se olvidaron de un pequeño detalle: el sueldo docente. Y aunque los alumnos de cuarto ya no se mezclaban sus nombres ni de casualidad, los números rojos hablaban por sí solos. Las hermanas Gutiérrez se fundieron. Ni las horas extra de correcciones podían salvarlas. Igual, la obsesión de probar quién tenía razón persistía en una de las hermanas. Cuando Laura sacó un préstamo para alquilar un catamarán por un día, a Marcela le dio un mal presentimiento. Nadie se esperaba que el chiquito Benjamín se iba a tirar por la borda para tratar de rescatar la birome con las iniciales de su profesora favorita. Laura perdió el trabajo, obvio. Marcela se consagró como la profesora favorita pero sin un cobre a su nombre. La cuestión es que ahora las hermanitas Gutiérrez ya no son culo y calzón. Una desempleada y otra endeudada, si se cruzan, es para informarle a la otra lo bien que están con sus vidas. Las dos son muy buenas chicas pero la vocación profesional les ganó de mano.

Cátedra: Redacción en español, del Traductorado de Inglés, turno tarde

Autora: Carolina Pochelú



A partir de “El traductor de Conrad”

Cuando las hermanas Gutiérrez entraron al Lenguas, todo el mundo se las confundía. Obviamente. Eran distinguidamente

Cuando di la vuelta al pasillo sentí el perfume suspendido y me metí en su nube invisible. Por ahí – no había dudas – había pasado hacía unos instantes Ricardo Alcázar Huerta. España, como se lo conocía en los pasillos del colegio. España era más español de lo que su historia podía justificar. Había llegado a la Argentina hacía más de veinte años, pero parecía que sus raíces se resistían a cruzar el Atlántico. No es que no se involucrara con el mundo que lo rodeaba, sino que vivía sumergido en una nostalgia tal que, a veces, parecía que se había ido de España hacía cinco minutos. A veces es bueno ser fiel a los recuerdos, se justificaba España. Otro rasgo irrenunciable de su españolidad era ese perfume. Nadie por estas tierras había sentido ese perfume fuera del aire que rodeaba a España, y aunque no se parecía concretamente a nada que uno pudiera definir como “ibérico”, de algún extraño modo olía, sin ninguna duda, a España.

España era profesor de Literatura. Literatura europea, argentina, latinoamericana, gauchesca, española. La currícula lo iba paseando por el mapa y por la historia, y España podía hablar, con igual gracia y soltura, de Shakespeare y de Hernández. De más está decir que su pronunciación de nombres como Macbeth y el viejo Vizcacha eran en un español peninsular afectadísimo. Pero ya lo dije.

Aunque su ibericidad podía ser un poco desesperante, España era querido en el colegio. Especialmente entre los profesores. Era un tipo noble, buen compañero y sabía poner el broche a cada ciclo lectivo compartiendo alguna delicia de su madre



patria. Además, ¿qué hay más entrañable que la nostalgia ajena?

En las primeras semanas de noviembre, dos rumores se hacían eco en la sala de profesores: uno, que este año España haría traer un pata de jamón serrano para compartir entre sus colegas; dos, que desde agosto España no corregía un examen a sus alumnos, quienes, en una confusión más que atendible, a la vez festejaban esa pequeña anarquía y se quejaban a las autoridades por la incertidumbre del cierre de notas.

El último trimestre de ese año escolar, que arrancaba en septiembre, le había deparado a España un tema emocionalmente comprometido: literatura española. Las primeras veces que le había tocado darlo, España se había floreado, había sido más elocuente que nunca y su acento peninsular se había agudizado hasta rozar la incompreensión. Durante esos meses no era raro verlo con una chalina al hombro y, en ocasiones especiales, con una pipa, que nunca encendía, con la inscripción tallada "Alonso Quijano".

Con los años, ese entusiasmo había transmutado en cierta indignación. España no podía soportar que sus alumnos no leyeran las joyas de la literatura de su país, que entregaran exámenes tan pobres y vacíos, que osaran inventar historias que en el Quijote no estaban, aunque, en ocasiones, pudieran haber merecido un lugar. Indignación y dolor sentía España. Vivía esos exámenes como una afrenta personal.

Promediando septiembre, España se sentó a la mesa con la pila de papeles y un café envalentonado con un chorrito de jerez. Intentó corregir pero no pudo. Los renglones de tinta azul se desdibujaron cuando quiso leerlos a través de la capa vidriosa que se le había formado en los ojos.

Pasó octubre y España seguía sin devolver exámenes. Llegó noviembre y la dirección lo había intimado. Parece que los



padres también estaban involucrados. Algunos de sus colegas tratamos de ayudarlo, pero España se había vuelto muy esquivo. No se comunicaba con nadie. Casi no se dejaba ver. Dejó de usar el perfume: casi no se dejaba oler. No hubo vuelta atrás. Las hojas crueles de sus alumnos fueron los molinos de viento que España no supo enfrentar. Lo echaron al terminar el año.

Me metí en la nube de ese perfume que llamamos España y que pensé que nunca más iba a sentir. Era diez de diciembre, plena semana de apoyo para los alumnos que tenían que recuperar algún trimestre. El ambiente del colegio era más distendido y, ahora, más perfumado. La nube me llevó a la sala de profesores. Abrí y ahí estaba España, ahora un visitante, con su chalina y su pipa decorativa. Me miró sin saludarme, se dio media vuelta y abrió aparatosamente la caja de cartón que estaba en el piso justo detrás de él. Tras unos instantes de suspenso, emergió de la caja una pata de jamón que España no quería dejar de compartir con sus compañeros.

Cátedra: *Redacción en español*, del Traductorado de Inglés, turno tarde

Autora: Martín Juan